

de fin
de
año.



LA BUSCA Y CAPTURA DE DON JACINTO

Don Jacinto Benavente, ¿dónde se mete todo el tiempo que no permanece acostado? ¿Se queda en Madrid? ¿Se retira a algún pueblecito pareado, según una reiterada costumbre añeja? ¿Se oculta en algún rincón misterioso y de difícil acceso para el reportero inquiridor y contumaz? ¿Dónde se mete don Jacinto las pocas horas que dedica a comunicarse con sus semejantes?

Y el caso es que los corrillos teatrales y los mentideros cafetinescos hierven de regocijo entre los comentarios de las «cosas de don Jacinto», desmenuzando sus agudezas y sus buidas y candentes genialidades, sus chistes, sus frases agresivas, sus retruécanos irónicos y mordaces. Todo esto indica que don Jacinto vive y se mueve entre los humanos, que desde luego habita en la tierra. ¿Pero dónde? ¿Cuándo? ¿O es que la silueta feble y liviana de don Jacinto se filtra por las paredes?...

Que don Jacinto haya dicho ciertamente «esa cosa» que se le atribuye en cualquier parte, hay que ponerlo, desde luego, en tela de juicio. Hay cosas que están muy bien, y que son, sin duda ninguna, dignas de él. Pero hay otras... que no, que no puede ser que las haya dicho ni hecho don Jacinto. No. De ninguna manera.

Buscamos a don Jacinto para nuestra encuesta, dos, tres días, mucho tiempo, inútilmente. Sabemos que en el Teatro Calderón comparte algunos ocios con sus dilectos amigos Rosario Pino y Emilio Thuiller. Que algunas tardes «pasa» por el Alkázar para saludar e improvisarle un madrigal a Hortensia Gelabert. Que los jueves—¡ah, querido don Jacinto, cómo le he atrapado al fin!—asiste a las charlas «camerinescas» del Fontalba, con la simpatiquísima Carmen Díaz.

Y, en fin, sabemos que le hemos encontrado, y que ahora mismo vamos a hablar con don Jacinto.

EN LA ANTESALA DEL PARAÍSO

Estamos en el cuarto de la eximia primera actriz Carmen Díaz. Querido don Jacinto: al llegar aquí, permítame una digresión de índole privada, admirativa y personalísima. Será sólo para decir dos palabras a propósito de Carmen Díaz.

¡Señores, qué señora! Carmen luce todos sus encantos de mujer, realzados por sus galas escénicas. Discute animadamente, salerosa y rutilante, con don Jacinto. ¿Voz de oro? ¿De plata? No; de terciopelo. A mí me da la sensación la voz de Carmen Díaz de un chorro de optimismo y felicidad. Con una voz así—pensamos—se puede conquistar un mundo.

El insigne don Jacinto Benavente nos dice cuáles han sido la persona y el suceso de más relieve durante el año de 1931...

¿El suceso más importante? El que no ha sucedido todavía?

Jacinto Benavente.

LA ATENCIÓN DE DON JACINTO

Y la gran finura y el gran interés que nos demuestra siempre que con fines reporteriles le hemos visitado. Trabajo nos cuesta la busca y captura de don Jacinto. Pero, al fin, cuando damos con él y conseguimos exponerle nuestro deseo, nunca nos ha defraudado. Como nos consta que don Jacinto no se prodiga —y mucho menos a los reporteros—, y contrastamos su buena voluntad con nosotros y su prontitud en complacernos, nos obliga la cortesía a hacer patente nuestro reconocimiento y a darle las gracias más ferrosas por tan señalada y alta distinción.

... Y la ilustre María Martínez Sierra, en unas cuartillas admirables, como suyas, nos habla del movimiento feminista de España durante el año que acaba.

NUESTRA VISITA

María Martínez Sierra acaba de regresar de Francia. Cuando la visitamos, su primer ruego es el de que procuremos la omisión de su nombre en estas páginas de CRÓNICA, dedicadas, por decirlo así, a compendiar en un escrupuloso balance todos aquellos acontecimientos de relevante interés acaecidos durante el año que toca a su fin.

La amable feminidad de María Martínez Sierra, su ingénita ternura, que se corona con la sugestiva diadema de plata de sus blancos cabellos—blancos a fuerza de talento y de comprensión de la vida—, nos ponen en un aprieto, pues quiere que nos limitemos a recoger sus palabras sin mencionarla apenas, sin decir nada de ella, pasando sobre el interés emocional de su charla como por sobre ascuas.

Bien. ¿Cómo no acceder a la pretensión de esta admirable María Martínez Sierra, si los ruegos en sus labios tienen toda la entereza y toda la honda persuasión de órdenes conminatorias y de mandatos ineludibles? No hablaremos de ella. Si acaso, de algo que sea su esencia de mujer, su palpitar ideológico, «el reflejo de su espíritu», según su propia frase; de su maravilloso «Magnificat», de Boticelli, por ejemplo, que parece resumir todos los artísticos anhelos y todas las vibraciones sentimentales de esta gran mujer de privilegiado cerebro y espíritu selecto.

De ella, de María Martínez Sierra, nada, ni una palabra, ni un adjetivo, ni un comentario. ¿Para qué, después de todo? De sus ideales, de sus dinamismos asombrosos, de sus inquietudes espirituales..., nada tampoco. Se necesitarían muchas cuartillas y mucho tiempo sólo para reseñarlos someramente. Así, pues, dejemos a la propia María Martínez Sierra que sea ella la que hable. Contemplemos su espíritu al través de sus ideas, que expone en los siguientes renglones

CUARTILLAS DE DOÑA MARÍA MARTÍNEZ SIERRA

Galantemente, CRÓNICA me invita a llenar una de sus páginas con el comentario del hecho—acaecido

—Con Dios, Carmita—la saludamos—, y ella detiene un momento el vértigo de sus pupilas etiópicas en las nuestras.

—El le guarde, hijo—corresponde adorablemente, gitanísima—; pues..., usted verá, estaba aquí regañando con don Jacinto. Como sabe que yo le quiero tanto, se empeña en llevarme la contraria. Y yo le digo que no, que no y que no.

Interrumpo, encantado, la contienda.

—Y bien, don Jacinto, vengo contra usted. Carmen, perdón...

—¿De qué se trata hoy?—inquire don Jacinto, dispuesto a parapetarse enseguida en la negativa o en el comentario picante y zumbón.

Y cuando se entera de lo que pretendo, sonríe, sonríe con esa sonrisa leve y alegre, peculiarísima, tajante, que es todo un tratado de sapiencia y malignidad e ironía, y me promete, condescendiente y encantadoramente benévolo:

—Bueno: ahora mismo le voy a poner en un papel mi respuesta.

LO QUE HA CONTESTADO DON JACINTO

«¿La persona más destacada? El jabalí.

*¿La persona más destacada?
El jabalí.
¿El suceso más importante?
El que no ha sucedido todavía?*

Jacinto Benavente

Don Jacinto ha escrito la respuesta en esta cuartilla:—¿La persona más destacada?... El jabalí... ¿El suceso más importante?... El que no ha sucedido todavía...

dentro del año corriente—que me parece de mayor importancia, desde el punto de vista femenino. Creo que todas las españolas y casi todos los españoles estarán de acuerdo conmigo en adjudicar la categoría de «acontecimiento número uno» a la resolución de las Constituyentes que nos asigna parte igual y responsabilidad análoga en el gobierno de la República. Hasta ahora parece que la Constitución consignará nuestro derecho de electoras y nuestra capacidad de elegibles para toda función política, sin distingos ni recortaduras. Démoslo por sentado y felicitémonos por ello.

Este reconocimiento de igualdad se ha logrado sin protesta, violencia ni animosidad por parte de los hombres. Algunos, hasta cierto punto justificadamente, han puesto en duda nuestra capacidad. Ninguno, que yo sepa, se ha atrevido a negar nuestro derecho. Agradecemoslo.

Y después meditemos.

Esta victoria la hemos logrado sin combatir por ella. Nos encontramos la igualdad entre las manos sin haberla siquiera deseado. Las mujeres inglesas y los muchos hombres que generosamente sostuvieron su causa pelearon por ella largos años con tesón heroico. Las mujeres norteamericanas la defendieron también largo tiempo con entusiasmo decidido, con tenacidad optimista, con invencible buen humor. A bien pocas mujeres españolas se les ha ocurrido alzar, no ya la voz, ni siquiera el anhelo a favor de esta posibilidad. No creo que lleguemos a doce las que con meridional entusiasmo intermitente hemos defendido nuestro derecho. Creo que hay en España más hombres que mujeres feministas. Es natural. La idea de justicia, innata en el varón, no la adquiere la hembra—nacida para defender lo inmediato con uñas y dientes—sino a fuerza de cultura. Y la incultura es nuestra tragedia, la tragedia española.

Tenemos, pues, el triunfo sin haberle ganado. Ahora se trata de merecerle y de justificarle. ¡A eso estamos, señoras!

Entramos en la casa cuando la casa se hunde. Esta observación no es mía. La hizo en 1921, cuando por primera vez después de la guerra estábamos las sufragistas reunidas en Congreso en Ginebra, miss Crystal Macmillan, secretaria general de la Alianza Internacional para el Sufragio Femenino. Ella se refería entonces, felicitando a las mujeres de veinticinco naciones que acababan de obtener el derecho al voto, al sistema parlamentario en crisis. Hoy puede muy bien aplicarse la frase a la situación mundial. La casa se hunde. El sistema de arreglo social en que nos parece



La ilustre escritora doña María Martínez Sierra, que honra estas páginas de CRONICA con su colaboración.

seguir viviendo está en liquidación. La casa se hunde. Es indudable. No parece gran mal, puesto que estaba ya tan vieja y resultaba tan incómoda. Tampoco debemos lamentar haber llegado a ella en mala ocasión. Puesto que se trata de escapar con vida del derrumbamiento, conviene que podamos buscar y encontrar personalmente nuestra propia salida. Pero es preciso que sepamos pesar y medir exactamente lo muy serio de nuestra responsabilidad.

El único argumento empleado con cierto apasionamiento en contra de nuestra intervención en la vida pública ha sido el temor—fundado en nuestras ignorancias—de que el voto femenino ponga en peligro la estabilización de la República, dando en las elecciones

las futuras el triunfo a las derechas. NO CREO en el «derechismo fundamental» de la mujer española. Cierro que la electora ignorante e inconsciente—como el elector inconsciente e ignorante, (mayoría los dos—votará al dictado. Pero no al dictado exclusivo del confesor, como se teme, ni al del marido, ni al del hijo, ni al del amigo, ni al del maestro. Votará la mayoría femenina irresponsable al dictado de la moda, es decir, de lo que se lleve con más garantía de ser bien visto. Y, por ahora, el figurín boyante se acerca mucho más al gorro frigio que al solideo. Viste bastante ser mujer de ideas avanzadas.

No se hundiría la República, si acaso se hubiese de hundir, al empuje del voto femenino. Pero sí sería conveniente que meditásemos, mujeres, sobre este peligro del «encasillado» que amenaza nuestra libertad apenas apunta nuestro derecho. ¿Daremos el triunfo a las derechas? ¿Confirmaremos el de las izquierdas? ¿Siempre instrumento? ¿Siempre rebaño? ¿Siempre sustentadoras o acatadoras de artificios políticos que no son cosa nuestra? ¿Por qué nuestro voto no ha de dar el triunfo «a lo que deba ser»? A nuestro propio espíritu, a nuestro peculiar sentido de la vida. Izquierda en este punto, derecha en aquél. Libertad. Realidad. Bienestar. Esos son los dogmas de nuestra política. ¿Disolver partidos? ¿Por qué no? Ese parece ser el primer resultado evidente del voto femenino en los países que ya le tienen en ejercicio. ¿Debilitar doctrinas para fortalecer conciencias? ¿Hay nada más profundamente deseable?

Y suprimir infiernos. ¡Hay tantos... y tan innecesarios! Tenemos, mujeres, tanto que hacer... Habría tanto que decir... ¡Perdón! Por hoy se acabó el papel disponible.

ENVÍO

Ilustre doña María Martínez Sierra: Como le prometí, yo he omitido todo comentario—, que por otra parte, había de ser harto liviano, por ser mío—sobre su persona, y me he limitado a engarzar la piedra preciosa de sus cuartillas en la miserable trabazón de mi desaliñada prosa.

Mas le suplico, amable señora, que otra vez no me someta a tal tortura y me permita dar a todos los vientos del comentario las notas entusiásticas de mis apreciaciones.

JUAN DEL SARTO

Babette dice a sus amigas...

Nada de cuanto contáis me sorprende... Estos productos de Bourjois, son maravillosamente buenos...; yo, que lo sabía, asocié por ello mi nombre a las creaciones de Bourjois, pues son muchos los casos que conozco de señoras de todas las edades que, con un primer ensayo, iniciaron el restablecimiento de su marchitada juventud.



Si queréis hacer un bien a vuestras sinceras amigas, aconsejadles que pidan a su perfumista detalles o folletos explicativos

crónica